

Pedro Antonio Maffei, también de la Compañía, cuyos Ejercicios para eclesiásticos es lo mejor que se ha publicado sobre la materia. Nada os digo del Padre Torrubia y otros manuales de ejercicios en castellano que andan en las manos de todos, y en que la muerte y el juicio se meditan antes que el infierno.

Los que habéis practicado los ejercicios conmigo, recordaréis que siempre he seguido el primer método, como más *Ignaciano*; pero no creo que se deba reprobar el segundo, y aun algunas veces puede ser éste el que convenga. Lo que San Ignacio prescribe, es que de la consideración del pecado se arroje el ejercitante sin tardanza al ardiente fuego del infierno; pero no especifica si debe lanzarse de un salto, á guisa de experto nadador, ó si puede bajar despacio por escalones más ó menos numerosos, como se permite al principiante en el arte de nadar. Antes bien, aunque sólo cinco ejercicios asigna, no prohíbe que se añadan otros, como la muerte y el juicio. Entre sus intérpretes, unos han juzgado que deben venir como epílogo, otros como prólogo á la contemplación del infierno, y unos y otros, á mi humilde juicio, han acertado. Otras ligeras diferencias se notan también en los que han escrito sobre ejercicios, aun de la Compañía, tocante á las meditaciones del Reino de Cristo y de las Banderas; así como á la otra llamada de los *Binarios*; pero son más fácilmente conciliables que la que acabo de exponeros.

En cuanto á la práctica, todos convienen en que cuando los ejercicios duran un mes entero, y se hace la meditación de media noche, es indispensable que para la de la mañana se den los puntos con anterioridad para

que el ejercitante se acueste pensando en lo que ha de contemplar al levantarse. Cuando se trata de comunidades religiosas, todos están de acuerdo igualmente que, aun en retiros de breves días, conviene proponer en la noche los puntos de la meditación primera del día siguiente, que hace la religiosa familia sin auxilio del director.

Pero en ejercicios de ocho días, propuestos á personas no tan acostumbrados á meditar, muchos opinan que hay que tener presente de preferencia, sin hacer excepción alguna, aun para la primera hora de la mañana, la otra regla de San Ignacio, que ordena que el ejercitante ignore lo que va á hacer á la hora siguiente, y que se le sorprenda en cierto modo con la nueva meditación que se propone. En tal virtud, también la primera meditación después de levantarse la expone el director como las demás; y este trabajo, aunque ímprobo á la verdad, lo he visto puesto en práctica en Italia, aun por Padres de la Compañía ya muy ancianos, y que parece deberían tener derecho á algún descanso. No podía yo menos que seguir ese ejemplo, y así lo he practicado siempre; pero ahora voy á imitar á los Padres españoles y mexicanos que otras veces os han dirigido, y os han tratado como á comunidad religiosa. Tendréis que hacer, por tanto, sin mi auxilio, la meditación de la mañana, cuyos puntos se os propondrán la noche anterior.

No quiero entrar en pormenores al recomendaros el silencio, la gravedad, la mutua cortesía, y ese espíritu de caridad que debe extenderse hasta evitar al prójimo la más insignificante molestia. Á los principios fueron necesarias esas recomendaciones detalladas; ahora puedo

ya entrar de lleno en los ejercicios sin más que las observaciones que acabo de haceros.

Hallábase Judas Macabeo en vísperas de un combate, cuando una celeste visión vino, en medio de su sueño, á confortarlo y á darle valor. *Un varón insigne por la edad y majestad, y rodeado de grande hermosura*, se presenta al caudillo con una espada de oro. Es Jeremías que le dice estas memorables palabras: Toma esta santa espada, *accipe sanctum gladium*; es un dón de Dios con que derribarás á los enemigos de mi pueblo: *munus Dei in quo dejicies adversarios populi mei*.

Así se me figura que radiante de majestad y decoro se nos presenta el augusto patrono de nuestra diócesi, San Luis. Brilla en sus manos espada refulgente; pero no es aquella de acero que hicieron pedazos los musulmanes en las orillas del Nilo. Es la espada de oro que nunca se quebró ni torció; la espada siempre vencedora con que domó sus propias pasiones, é hizo pedazos al demonio, al mundo y á la carne, enemigos de su pueblo de entonces, como lo son ahora de los habitantes de este territorio que lleva su nombre. Oid cómo nos grita, á semejanza de Jeremías: toma, hijo mío, quienquier que seas, esta espada de oro; *accipe sanctum gladium*. Estás en vísperas de librar decisivo combate contra ese enemigo que, cual león rugiente está ansioso de devorarte ¡Sus! Tómala con prontitud, esgrímela con valor, empúñala con constancia, que con ella derribarás á los adversarios de tu alma, y de la grey que te ha confiado el Señor; *in eo dejicies adversarios populi mei*.

Los conmlitones de Judas Macabeo, animados con la visión y con las exhortaciones de su caudillo, resolvie-

ron acometer y pelear con valor, *statuerunt dimicare et configere fortiter*, y poniendo en práctica sus buenas resoluciones, alcanzaron señalada victoria. He aquí el ejemplo que debéis seguir, Venerables Sacerdotes. Estáis en vísperas de sangriento combate, y es preciso que de todas veras os lancéis á la dura pelea. ¿Qué enemigos tiene cada uno enfrente en estos santos ejercicios? Ni lo sé, ni quiero averiguarlo. Podrá suceder que el demonio le haya echado al cuello alguna dura cadena, y que sea preciso romperla con esfuerzo sobrehumano. Quizá el corazón se haya desviado algún tanto de ese afecto único que debe ocupar al que le ha jurado fidelidad eterna al pie de los altares. Tal vez su tarea se reduce á sacudir únicamente el polvo de la tierra, y á apartar de su camino algunas piedrezuelas que le sirven de tropiezo. Sea lo que fuere, es preciso luchar, y luchar con denuedo y resolución.

Sucede muchas veces que se viene al retiro sólo por obedecer al Prelado ó por adquirir méritos ante los superiores. Otras veces, se le toma por pretexto para disfrutar de unas vacaciones, difíciles de obtener en otras circunstancias, para descansar de las labores del ministerio parroquial; para encontrar amigos que se han perdido de vista, pero que aun nos llenan el corazón. Como quiera que sea, los pueblos están pendientes de nosotros, y Dios espera grandes cosas de los que practican los ejercicios; y hacerlos con pereza y flojedad, estar presentes con el cuerpo mientras nuestra alma vuela muy lejos, sería pecar contra el Señor, defraudar las esperanzas de nuestras ovejas, y engañarnos á nosotros mismos.

«Sí, Venerables Párrocos y vicarios. Los feligreses que habéis dejado momentáneamente aguardan impacientes vuestro regreso, animados con la dulce esperanza de que aunque hayáis partido *hombres* tornaréis verdaderos ángeles. Ya se figuran veros celebrar el Santo Sacrificio con la devoción de un San Felipe Neri; predicar la palabra divina con el fuego de un San Vicente Ferrer; escuchar las confesiones días y noches enteras como el Venerable Cura de Ars; asistir á los moribundos cual un San Camilo. ¡Qué digo! Aguardan que, como aquel Azarías que acompañó á Tobías en su largo viaje, les digáis: *Ego sum Raphael*. Me considerabais simple mortal: sabed que aunque parecía que vivía y me alimentaba como uno de vosotros, no era esto más que pura ilusión. La condición de mi existencia era más alta y su principio más sublime. Recibía de los cielos invisible alimento, y me refrescaba con una agua que no es dado á los hombres descubrir. *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere; sed ego cibo invisibili et potu qui ab hominibus videri non potest utor*. ¡Oh! ¡Qué decepción tan horrible, si en vez de corresponder á tantas esperanzas, regresa alguno á su parroquia á ofrecer el Sacrificio Incruento con las manos poco limpias de otros tiempos, á omitir la predicación sin escrúpulo, á abandonar á los enfermos sin remordimiento!

Pero si esto sería una injuria para vuestros feligreses, imaginaos qué ofensa tan grande no inferirá al Señor: Haberos llamado de modos tan maravillosos á purificaros de vuestras culpas é imperfecciones, haberos aguardado tanto tiempo, haberse presentado Él mismo con su blanca toalla y mística jofaina á lavar vuestro calcañar,

«Hemos ofrecido flores, nos dice el augusto Pontífice, hemos ofrecido flores á Nuestra divina Madre el mes de Mayo; y quisiéramos que Octubre, el mes de los frutos, fuese por todos empleado en honrarla con piedad y afecto especialísimos. Conviene de veras que estas dos estaciones se consagren á Aquella que ha dicho de sí misma: *Mis flores son frutos de honor y de riqueza*.¹

«Hoy más que nunca vemos reunirse en grupos de géneros diversos á hombres impíos que unen sus esfuerzos *contra el Señor y contra su Cristo*. Pero también es evidente —y esto Nos regocija— que entre los católicos se estiman más que en otro tiempo las asociaciones piadosas, que éstas son en la Iglesia más numerosas, y que los vínculos de la caridad unen y funden, por decirlo así, á todos los fieles, al grado que pueden llamarse, y parece que son en realidad *hermanos*

«Bajo múltiples formas acostumbran los católicos constituir las saludables asociaciones de que hablamos. Hay círculos, bancos agrícolas, reuniones de recreo los días festivos, congregaciones para cuidar de la juventud, cofradías y otras muchas sociedades establecidas con fines excelentes

«Entre todas estas no vacilamos en asignar el puesto de honor á la cofradía denominada del Santo Rosario. Si se considera su origen, brilla entre las primeras por su antigüedad, teniéndose por fundador de la institución nada menos que al Patriarca Santo Domingo. Si se atiende á sus privilegios, la munificencia de Nuestros antecesores la ha enriquecido con muchísimos.

«La forma, y por decirlo así, el alma de esta institu-

¹ Eccl., XXIV, 23.

ción es el *Rosario Mariano*, de cuyo valor hemos tratado otras veces. Pero la fuerza y eficacia del mismo Rosario, en cuanto constituye una obligación impuesta á los miembros de la hermandad que lleva su nombre, son evidentemente mucho mayores."

Habla luego el Padre Santo de la excelencia de la oración que se hace públicamente, en común y con constancia, y asegura que tal acaece con los cofrades del Rosario. Al rezo del Oficio Divino impuesto á los sacerdotes compara la oración común, constante y pública en cierto modo de los afiliados á la cofradía del Rosario, á que algunos Pontífices Romanos dieron el nombre de *Salterio de la Virgen*.

No pocos escritores eclesiásticos la han llamado *milicia suplicante*, alistada por el Patriarca Santo Domingo bajo las banderas de la Madre de Dios, vencedora del Demonio y de todas las herejías; milicia que reúne á los cofrades bajo la misma tienda y los congrega en el mismo campamento, atados con vínculos fraternos que los hacen invencibles.

Aun hay más. El rezo del Rosario, según nuestro augusto Pontífice, nos asemeja en cierto modo á los ángeles. Ellos fueron los que revelaron los sagrados misterios en que meditamos al recitar los *Padres Nuestros* y *Ave Marías* que lo componen. Gabriel anunció á María la Encarnación del Divino Verbo; coros angélicos celebraron el nacimiento del Salvador en la gruta de Belén; un ángel dió á José la orden de huir á Egipto; un ángel confortó á Jesús en Getsemaní, y ángeles fueron los que revelaron su Resurrección y su gloriosa ascensión á los cielos.

Después de enumerar los encomios que á la Cofradía del Rosario han dirigido muchos Sumos Pontífices, y muy particularmente Inocencio VIII, Pío V y Sixto V, así nos amonesta León XIII á todos los Obispos del Orbe:

"Movido por tales ejemplos de Nuestros Predecesores, Nós también, Venerables Hermanos, os exhortamos y conjuramos, como ya muchas veces lo hemos hecho, á que protejáis con singular empeño esta sagrada milicia, de tal suerte que gracias á vuestros esfuerzos, cada día se alistén dondequiera nuevas legiones bajo su sacrosanta bandera. Merced á vosotros, y á aquellos que entre el clero que os está sujeto, tienen cura de almas, conozca todo el pueblo y aprenda á estimar de todas veras cuánta es la eficacia de la Cofradía del Rosario, y cuánto sirve para alcanzar la salvación eterna. Os lo pedimos con empeño tanto mayor, cuanto en estos últimos tiempos se ha visto reflorcer una de las manifestaciones más bellas de piedad filial hacia Nuestra Madre Santísima en la institución que se llama del *Rosario Perpetuo*. La hemos colmado de bendiciones, y os exhortamos con toda el alma á que á su crecimiento y difusión consagréis vuestro celo y vuestra actividad."

Así lo haremos, Venerables Hermanos é Hijos nuestros. Ya desde el año pasado llamamos más de una vez á nuestra ciudad episcopal á varios de los fervientes hijos de Santo Domingo, que ardiendo en celo y fervor, han venido no ha mucho á nuestra República á reformar las mermadas filas de los antiguos Dominicos. Á ellos dimos el encargo de restablecer entre nosotros el *Rosario Perpetuo*, y aunque breve fué su estancia en

nuestra diócesi, dejaron en ella la buena simiente que muy pronto germinará. Á la Secretaría de nuestra Curia podéis acudir, Venerables Párrocos, donde recibiréis las instrucciones y facultades necesarias para que podáis plantear entre nuestros feligreses tan útil institución.

Aunque la Santa Sede apruebe en general una hermandad, una congregación, una cofradía, deja á cada Obispo la libertad de establecerla ó no en el territorio á su cuidado cometido. No siempre lo que es útil en un lugar tiene que serlo en otro; y una devoción laudable en una ciudad puede revestir en otra ciertos caracteres de superstición y aun de impiedad ó de sacrilegio, que obliguen al Ordinario á prohibirla entre sus ovejas.

No sucede así con la devoción del Rosario. Como acaba de decirnos el Sumo Pontífice, su origen, su crecimiento, sus resultados, su actual reflorecencia, todos son igualmente admirables, y manifiestan que en ella está *el Dedo de Dios*. Os la recomendamos, por tanto, no sólo por obediencia, sino por el amor que le profesamos, y el convencimiento que tenemos que es la más acomodada á nuestra sociedad, y que puede practicarse por ricos y pobres, sabios é ignorantes, ciudadanos y campesinos, viejos y niños, hombres laboriosos y personas desocupadas. Á ella debemos el que la instrucción religiosa se haya conservado en nuestro pueblo, y á su eficacia somos deudores de que la fe no se haya perdido.

Nos complacemos en pregonar una vez más, que jamás el rezo del Rosario ha decaído entre nosotros, y que aun antes que lo mandara el reinante Pontífice se practicaba en nuestras Iglesias y Oratorios, en los palacios y en las chozas, en las ciudades y en las campiñas. La

forma nueva que se dará á la asociación, ó mejor dicho, el restablecimiento de la antigua cofradía del *Rosario Perpetuo*, hará que no interrumpiéndose de día ni de noche las alabanzas de la Virgen Santísima, y siendo incesante la meditación en los divinos misterios, sea mayor la eficacia de nuestras plegarias, revistiendo el carácter público de que nos habla Su Santidad.

Mucho deseáramos, Venerables Hermanos é Hijos nuestros, que antes de terminar este mes de Octubre quedara perfectamente reorganizada la asociación, y os exhortamos á que deis los pasos necesarios, enviándoos á todos nuestra Bendición Pastoral.

Se leerá la presente *inter missarum solemnia*, el primer domingo después de recibida, en todas las Iglesias, capillas y oratorios de nuestra diócesi.

Dada en nuestra Residencia, junto á la Catedral, en San Luis Potosí, á 1º de Octubre de 1897.

✠ IGNACIO,
Obispo de San Luis Potosí.